

EL RACISMO MODERNO

Esteve Espelt y Federico Javaloy

*"Si queremos que todo siga como está,
es preciso que todo cambie".
El Gatopardo. T. di Lampedusa.*

'Yo tengo un sueño: que un día, en las colinas rojizas de Georgia, los hijos de los viejos esclavos y los hijos de los viejos propietarios de esclavos podrán sentarse en la misma mesa de la fraternidad'. Martin Luther King explicó, emocionado, su gran sueño el veintiocho de agosto de 1963 a una multitud de más de 200.000 personas de todos los orígenes en Washington. Muchos, desde entonces, han creído que su sueño estaba a punto de realizarse. Advertían que la esclavitud, la persecución sistemática, los linchamientos, las leyes claramente racistas, la discriminación directa y salvaje, en suma, estaba desapareciendo progresivamente. Creyeron, incluso, que el racismo se estaba extinguiendo cuando sólo se transformaba para ocultarse.

En España, además, clásicamente se consideró el racismo como un fenómeno extranjero y ajeno a nuestro país (Calvo Buezas, 1989). El racismo evocaba, casi exclusivamente, la situación de la población negra en Estados Unidos y Sudáfrica, y el holocausto judío. Todavía hoy, muchas de las imágenes que nos muestran los mass media cuando hablan del racismo hacen referencia a Martin Luther King, o Neison Mandela y a los millones de judíos que perecieron en los campos de exterminio nazis, Nos "olvidamos" de los gitanos, de los judíos y musulmanes expulsados de España, por citar sólo los casos más manifiestos.

Actualmente, gran parte de la población occidental cree que el racismo es un fenómeno del pasado y ya prácticamente nadie se considera racista -el mismo Le Pen niega serlo (sic)-. Pero, al mismo tiempo, tenemos una gran cantidad de hechos (ver los casos del Informe de SOS Racismo) que nos sugieren más bien lo contrario. Igualmente, la desigual distribución del poder socioeconómico y político nos confirma la existencia de un racismo que puede ser suave en sus formas, pero que no lo es en sus consecuencias. la marginación en el trabajo, la vivienda, la escuela, la marginación social, en definitiva, a que están sometidas las minorías étnicas corresponde a una sociedad que practica significativamente el racismo.

LAS CONTRADICCIONES DEL RACISMO

"Yo no soy racista, pero no quiero una familia gitcina en mi escalera". Esta frase, probablemente dicha o pensada por muchos, refleja el aspecto contradictorio del racismo moderno. A dicha frase podría seguir otra: 'los gitanos no quieren integrarse', sin que la persona siguiese sin encontrar ninguna contradicción en sus palabras.

Este aspecto contradictorio del racismo moderno puede constatarse, más sistemáticamente, a través de las encuestas. los datos que presentamos a continuación pertenecen a la encuesta del "Centro de Investigaciones Sociológicas" (CIS) sobre "Actitudes ante la inmigración" de junio de 1996. La

muestra constaba de 2.500 sujetos y era representativa de la población española de ambos sexos de 18 y más años.

Las respuestas dados arrojan un balance contradictorio, tienden a moverse entre la actitud tolerante y el repliegue sobre el propio grupo, entre la negación de tener prejuicios uno mismo y la confesión de que la mayoría de los españoles los tienen.

Así, el 95% de las personas entrevistadas cree que toda persona debería tener libertad para vivir y trabajar en cualquier país, Pero cuando se pregunta por las personas de otros países que vienen a España solicitando refugio político, sólo un 26% es partidario de acogerlos sin restricciones, mientras un 48% se muestra partidario de acogerlos si se comprueba que están perseguidos, y un 11 % cree que no deben ser acogidos; el resto (15%) no contesta. Además, un 21 % cree que se debería devolver a su país de origen a los inmigrantes ilegales; y un 64% está de acuerdo (muy de acuerdo o bastante) con el cupo anual para la entrada de inmigrantes que establece el gobierno español.

La mayoría de los españoles manifiesta no tener ningún sentimiento negativo hacia los inmigrantes. Así, por ejemplo, sólo una minoría declara que les importaría -mucho, bastante, poco- tener como vecinos a una familia de ciudadanos de Marruecos (16%), un país del África negra (15%), Latinoamérica (10 %). Pero en cambio, la mayoría de ellos cree que, en general, los españoles los tratan mal. Veámoslo en la siguiente tabla:

¿Cómo diría Vd. que los españoles, en general, tratan a los inmigrantes extranjeros de otra raza? (Se aceptaba una sola respuesta)	
Con desprecio	18,6 %
Con agresividad	4,9 %
Con desconfianza	39,9 %
Con indiferencia	13,5 %
Con amabilidad	7,5 %
Igual que si fueran españoles	6,9 %
NS/NC	8,7 %

Fuente:CIS

En otras palabras, prácticamente nadie se ve a sí mismo como prejuicioso, pero casi todos creen que los otros lo son.

Cuando Sears y Kinder comenzaron en 1970 a hablar del nuevo racismo lo hicieron afirmando que éste se hallaba reemplazando al "racismo a la antigua usanza". Este viejo racismo se aproximaba al concepto de racismo en sentido estricto que significa la teoría de la diferencia biológica, la doctrina biológica de la desigualdad entre las razas, como ha notado Taguieff (1991). Dos son, pues, los núcleos que, según Taguieff pueden observarse en dicho racismo:

1. Biologismo, que se caracteriza por el "determinismo biológico de los rasgos sociales y culturales, biologización de las categorías sociales, de los agrupamientos humanos, de las identidades y de las diferencias colectivas, de las interacciones colectivas ("lucha de razas").

2. Desigualdad entre los seres humanos, más concretamente entre "las variedades supuestamente naturales llamadas "razas ...", presentándose como una clasificación jerarquizante de los grupos humanos". La desigualdad implica la superioridad de unas razas y la subordinación de las inferiores.

Adelantemos, siguiendo a Taguieff, que en el nuevo racismo se observan dos giros: el desplazamiento de la raza hacia la cultura, que conlleva la sustitución de la pureza racial por la identidad cultural auténtica, y el desplazamiento de la desigualdad hacia la diferencia: el desprecio ostentoso por los inferiores tiende así a dejar el lugar a la evitación del contacto con el "otro".

Aunque las teorías del viejo racismo no empiezan a formularse explícitamente hasta el siglo XIX, coincidiendo con el clímax del Imperialismo, podemos decir que sus raíces se remontan a la época de las conquistas y dominación coloniales. Según sostiene Cox (1948), el hecho de atribuir a otras razas ciertos rasgos de inferioridad tiene por objeto justificar el uso de la fuerza con ellos, su explotación e incluso su exterminio.

Las ideas racistas pretendieron adquirir una justificación científica en ciertos intentos de aplicar el darwinismo (supervivencia del más apto, lucha por la vida, selección natural) a la evolución de la humanidad: se presenta la historia como una lucha de razas en las que se van imponiendo las de rango superior. Gobineu sostiene, en su "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas" (1853-1855), que la raza aria es la más selecta y aboga por su pureza. Poco importó que el concepto de "raza aria" careciera de todo sentido a nivel científico con tal de que resultara útil como ideología política. Chamberlain en "Los fundamentos del siglo XX" (1899), utiliza el mito del pueblo ario para glorificar a los alemanes. Rosenberg, en "El mito del siglo XX" (1930), desarrolla estas ideas y acaba concluyendo que la raza está destinada a aplastar a los que se opongan a su dominio universal.

EL NUEVO RACISMO: MÁS ALLÁ DE LOS ESTEREOTIPOS BURDOS Y DE LA DISCRIMINACIÓN DESCARADA

Después de la II Guerra Mundial los estudios de los científicos sociales señalan que los estereotipos y prejuicios raciales empiezan a disminuir progresivamente. El racismo parecía estar en declive. Hecho que se debía a una serie de causas, entre las que destacamos:

1. la revelación de los campos de exterminio nazis hacía demasiado fuerte seguir hablando de razas superiores e inferiores.

2. El auge del relativismo cultural que socava el determinismo biológico y el pretendido carácter natural del etnocentrismo, al mismo tiempo que reivindica el valor peculiar de cada cultura por sí misma.

3. la consolidación de la democracia que tiende a eliminar las prácticas discriminatorias legales y establece una norma social de tolerancia (en teoría, se sobreentiende).

Veamos algunos datos significativos del declive del prejuicio "al viejo estilo": en 1942 el 42% de los norteamericanos blancos creían que su inteligencia era igual que la de los negros, mientras que en 1956 el porcentaje ascendía al 78%; en 1942 solamente el 42% pensaba que "los negros deberían tener tantas oportunidades como los blancos para conseguir cualquier tipo de empleo", pero el 95% lo pensaba en 1972 (Pettigrew, 1979).

Fue en Estados Unidos donde surgió el concepto de racismo moderno. Cuando los norteamericanos blancos creían que el racismo estaba desapareciendo, Sears y Kinder (1970) señalaron que sólo se estaba transformando para adaptarse a los nuevos valores de la sociedad. Llamaron racismo simbólico a esta nueva forma de expresión del racismo que no confiesa directamente su naturaleza, que se niega a declarar expresamente su tendencia a discriminar a los negros y se refugia en sobreentendidos, supuestos y afirmaciones implícitas. Es, por tanto, sutil e indirecto. Se recubre de un aire de respetabilidad que lo hace más aceptable, incluso aparentemente compatible con las normas de tolerancia e igualdad, hecho que le permite ser más eficaz.

Desde entonces han proliferado los análisis sobre este nuevo tipo de racismo, que ha sido descrito de forma similar, aunque etiquetado de forma diversa: nuevo racismo, racismo simbólico, racismo moderno, racismo diferencialista, neoracismo blando, racismo aversivo, racismo ambivalente, racismo latente, racismo sutil, por citar sólo los más arraigados. Su denominador común es que el racismo se expresa ahora de forma encubierta, hecho que lo diferencia del racismo tradicional.

En esta dirección, Pettigrew (1989) ha construido el "esquema del racismo moderno americano blanco" que comprende un conjunto de seis actitudes y conductas. Las actitudes del racismo moderno son:

1. Rechazo de los estereotipos burdos y de la discriminación descarada. Por ejemplo, ya no se sostiene que los negros son más perezosos sino que los blancos son más ambiciosos.

2. Oposición al cambio racial por razones ostensiblemente no raciales. Aunque a nivel de principios abstractos los blancos están en contra de la discriminación, en la práctica se oponen a las iniciativas para corregirla. Se oponen, por ejemplo, a la discriminación positiva.

3. Sentimiento de amenaza basado en el grupo. Determinadas actitudes racistas no proceden tanto del interés personal sino del sentimiento de que el propio grupo está siendo sobrepasado e ignorado. Existe un resentimiento hacia las concesiones particulares hechas a las minorías, como la política de cuotas en los empleos o en la educación, y se considera que las minorías reciben del Estado un trato preferente y tienen un acceso excesivo a sus servicios.

4. Concepciones individualistas del éxito en el trabajo. Convicción de que si los negros no mejoran su situación es porque no trabajan duro. El bajo nivel social de la mayoría de los negros no se debe a ninguna limitación estructural ni a falta de oportunidades sino al escaso esfuerzo, sentido del ahorro y capacidades de los propios negros. En consecuencia, se culpabiliza a la víctima y se niega la existencia de racismo. Pettigrew añade dos tipos de comportamientos derivados de las actitudes anteriores:

5. Conformidad con las nuevas normas sin internalización completa. En los últimos años se establecieron nuevas normas de interacción racial que condenaron al desprestigio a los viejos prejuicios. Pero la aparición de nuevas normas no significa que éstas hayan sido adoptadas plenamente. Lo que falta es una auténtica internalización de dichas normas.

6. Microagresiones indirectas y evitación. Por ejemplo, en situaciones experimentales se ha observado en los blancos una menor ayuda y una más o menos disimulada hostilidad hacia los negros, acompañada de reacciones de evitación (sentarse más lejos de ellos, hablarles en tono menos amistoso).

Posteriormente, diversos autores como Barker (1981) y Castles (1984), indicaron que el nuevo racismo está lejos de ser un fenómeno exclusivamente norteamericano, y han visto en el emergente racismo europeo la huella del "modelo" norteamericano. En esta línea, Pettigrew (1989) ha extendido la aplicación de su esquema de "racismo americano blanco" a Europa, aunque con las reservas que implica las características propios de los estudios norteamericanos, centrados en una peculiar reacción conflictiva blanco-negro.

En consecuencia, las similitudes entre las características generales del racismo existente a uno y otro lado del Atlántico no deben ocultar ciertos rasgos diferenciales del caso europeo. En Europa, la discusión se centra, especialmente, en los inmigrantes pobres del llamado Tercer Mundo (aunque, al menos en España, el racismo más fuerte -popular e institucionalmente- se da hacia los gitanos), mientras que en Estados Unidos la controversia se focaliza en los afro-americanos. Por tanto, hay una serie de temas, como el derecho a la nacionalización o a recibir ciertas ayudas del Estado, que no se plantean o que tienen una especificidad propia debido a la diferente situación legal de las minorías. También hay que resaltar que el racismo europeo tiende a presentar una mayor preocupación por la conservación de la identidad cultural y las diferencias nacionales, así como una historia propia producto del colonialismo.

Conclusiones

El racismo es un fenómeno complejo que adopta múltiples formas en espacios y tiempos diferentes. Según McConahay (1986), el racismo a la antigua usanza conlleva una serie de estereotipos burdos sobre la inteligencia, la laboriosidad y la honestidad de las minorías, es partidario de la segregación, y acepta la discriminación abierta. En cambio, los principios básicos del racismo moderno son: el racismo es malo, la discriminación es un hecho del pasado,

Las minorías están haciendo demandas injustas y están recibiendo más atención y recursos de los que merecen. Esto hace que los racistas modernos no definan sus propias creencias y actitudes como racistas. No se consideran racistas, ya que definen el racismo según los viejos estándares, y también porque saben que el racismo no es social ni personalmente aceptable.

Así, el racismo moderno es, a menudo, expresado por personas que se consideran a sí mismas como progresistas, imparciales y sin prejuicios. No tienen sentimientos de odio o aversión sino de incomodidad, inseguridad y, en ocasiones, temor. Sensaciones que provocan más la evitación del "otro" que no su agresión directa (Newman, 1995).

Por tanto, actualmente, en las sociedades occidentales, la manifestación del racismo puede ser extremadamente sutil, como muestra el hecho de que el discurso racista se ha apropiado de un lenguaje que tradicionalmente pertenecía al discurso antirracista. Por ejemplo, el postulado del relativismo cultural del valor de cada cultura por sí mismo es adoptado por el racismo que lo lleva al extremo al sostener la necesidad de preservar la pureza de cada cultura, y lo articula en términos de la incompatibilidad y la imposibilidad de mezclar las culturas, hecho que conduce a la incomunicación entre culturas. El racismo moderno aparece, pues, como un defensor de la igualdad y la no discriminación. Sin embargo, se opone a las iniciativas concretas que buscan la igualdad entre los diferentes colectivos, encontrando justificaciones que no se basan en la raza para oponerse a ellas. Así, por ejemplo, la oposición de gran parte de la población española a dar derechos a los inmigrantes ilegales, hecho que no sucede con los inmigrantes legales (ver el Informe de 1995), se fundamenta en que pueden atribuir su negativa a motivos no raciales, concretamente a su ilegalidad.

El cambio en las condiciones económicas y políticas instauró unos nuevos valores en la sociedad occidental que condujeron a que el racismo tuviera que cambiar su forma de expresión. En línea con Van Dijk (1993), creemos que para seguir manteniendo, en esencia, el mismo status quo en las relaciones étnicas, había que instaurar un nuevo modelo que garantizara la legitimidad del orden social. El racismo moderno es fruto de esa necesidad. Permite articular un conjunto de creencias que defiende y justifica las desigualdades existentes, y al mismo tiempo preservar la propia auto-imagen tanto social como personalmente (ante los otros y ante uno mismo).

Con todo, no hay que olvidar que las viejas formas todavía persisten, pero ya no dominan las relaciones étnicas como lo hicieron en el pasado. Las dos formas de racismo coexisten en nuestra sociedad. Aún más, se complementan. El racismo a la antigua usanza permite desviar la atención del racismo sutil que se da en la vida cotidiana, nos posibilita atribuir toda la culpa del racismo a algunos individuos fanáticos y, en consecuencia, eludir nuestras propias responsabilidades, así como cualquier referencia al status quo existente. En este sentido, es interesante recordar que ya Martin Luther King, en su famosa Carta desde la cárcel de Birmingham, señaló que el principal impedimento para conseguir la libertad no residía en el Ku Klux Klan sino en los blancos "moderados".

En conclusión, el racismo sigue instalado en nuestra sociedad. lo rechazamos cuando se presenta con toda su crudeza y barbarie, pero pasamos por alto su realidad cotidiana. Olvidamos que esta nueva forma sofisticada del racismo puede ser tan o más insidiosa que la anterior, y que sigue manteniendo una estratificación étnica injusta. Nuestra sociedad no busca una verdadera solución del problema, sino simplemente mantener una reacción no demasiado conflictiva con las minorías, que no cuestione, en esencia , el modelo social vigente.

"... y luego todo seguirá lo mismo, pero todo estará cambiado", insiste Lampedusa.

Bibliografía:

Borker, M. (1981). *The new racism. Conservatism and the ideology of the tribe.* Londres, Junction Books.

Calvo Buezas, T. (1989). *los racistas son los otros. Gitanos, minorías y derechos humanos en textos escolares.* Madrid, Popular.

Castles, S. (1984). *Here for good. Western Europe's new ethnic minorities.* Londres, Pluto Press.

Cox, D.C. (1948). *Caste, class and race.* New York, Doubleday.

Kinder, D.R., Sears, D.O. (1981). *Prejudice and politics: symbolic racism versus racial threats to the good life.* *Journal of Personality and Social Psychology.* 40, 414-431.

McConahay, J. (1986). *Modern racism, ambivalence, and the modern racism scale.* En Dovidio, J. Gaertner, S. (Ed.). *Prejudice, discrimination and racism.* Orlando, Academic Press.

Newman, D. (1995). *Sociology. Exploring the architecture of everyday life.* Thousand Oaks, Pine Forge Press.

Pettigrew, T.S. (1989), *The nature of modern racism in the United States.* *Revue Internationale de Psychologie Sociale.* 2, 291-304.

Pettigrew, T.S.. (1979). *Racial change and social policy.* *Annals of the American Association of Political and Social Science,* 441, 114-131.

Sears, S.O., Kinder, D.R. (1970). *The good life, "white racism", and the Los Angeles voter.* *Comunicación en el Encuentro Anual de la Western Psychological Association.*

Esteve Espelt Granés y Federico Javaloy Mazón
Departamento de Psicología Social de la Universidad de Barcelona
Informe anual sobre el Racismo en el Estado Español 1996
SOS Racismo. Barcelona, 1997.

